

« otra. » Una nacion puede poner á aquella ciertos límites sin dejar de ser dueña de sí misma, y debe hacerlo algunas veces si quiere gobernarse. Y despues añadía : « No se puede negar que la libertad ilimitada de asociacion en materia política, es de todas las libertades la última que un pueblo puede sostener, pues si ella no le hace caer en la anarquía, le obliga á lo ménos, por decirlo así, á tocarla á cada instante. »

No creo que una nacion pueda tener siempre la libertad de dejar á los ciudadanos el derecho absoluto de asociarse en materias políticas, y aun pienso que en ningun país y en ninguna época seria prudente dejar sin límites la libertad de asociacion.

Se dice que un pueblo no podria mantener la tranquilidad en su seno, inspirar respeto á las leyes ni fundar un gobierno estable, sin encerrar en límites mui estrechos el derecho de asociacion. Semejantes bienes son preciosos sin duda, y yo concebí que para adquirirlos ó conservarlos debe consentir una nacion en imponerse momentáneamente grandes sacrificios; pero todavía conviene que sepa con precision lo que le cuestan estos bienes.

Comprendo que para salvar la vida de un hombre se le corte un brazo; pero no quiero que se me diga que va á quedar tan diestro como si no estuviese manco.



CAPÍTULO VIII.

De qué manera los americanos combaten el individualismo con la doctrina del interes bien entendido.

Cuando el mundo era conducido por un pequeño número de individuos ricos y poderosos, tenían estos el gusto de formarse una idea sublime de los deberes del hombre, y se complacian en reconocer que es glorioso olvidarse de sí y hacer el bien sin interes, como Dios mismo. Tal era la doctrina oficial de este tiempo en materia de moral.

Dudo que los hombres fuesen mas virtuosos en los siglos aristocráticos que en los otros; mas es



cierto que en ellos se hablaba incesantemente de la belleza de las virtudes, y no estudiaban sino en secreto por qué lado eran útiles. Pero á medida que la imaginacion se eleva ménos, y que cada uno se reconcentra en sí mismo, los moralistas se espantan con esta idea de sacrificio, y no se atreven á ofrecerla al espíritu humano : se reducen, pues, á averiguar si la ventaja individual de los ciudadanos consiste en trabajar en la felicidad de todos, y cuando descubren uno de esos puntos en que el interes particular viene á encontrarse con el general y á confundirse, se apresuran á darlo á conocer, y poco á poco las observaciones semejantes se multiplican. Lo que no era mas que una observacion aislada se hace una doctrina general, y se cree en fin descubrir que al servir el hombre á sus semejantes se sirve á sí mismo, y que su interes particular es el de hacer el bien.

He demostrado varias veces en esta obra que los americanos saben casi siempre combinar su propio interes con el de sus conciudadanos, y ahora me propongo explicar la teoría general con cuya ayuda lo consiguen.

Casi nunca se dice en los Estados-Unidos, que la virtud es bella; se sostiene que es útil y esto mismo se prueba todos los dias. Los moralistas americanos no pretenden que sea preciso sacrificarse



á sus semejantes porque sea una heroicidad el hacerlo; pero dicen sin rebozo que semejantes sacrificios son tan necesarios al que se los impone como al que se aprovecha de ellos; conocen que en su país y en su tiempo, el hombre es atraído hácia sí por una fuerza irresistible, y perdiendo la esperanza de detenerle, no se ocupan sino de conducirle. No niegan á cada uno el derecho de seguir su interes; pero se esfuerzan en probar que este consiste en ser honrado. No quiero entrar aquí en el pormenor de sus razonamientos, porque esto me separaria de mi objeto; baste decir que ellos han convencido á sus conciudadanos.

Hace mucho tiempo que Montaigne dijo: « Aun cuando para la rectitud no fuese necesario seguir el camino derecho, yo lo seguiria por haberme enseñado la esperiencia que al fin de todo, es el mas acertado y el mas útil.

La doctrina del interes bien entendido no es nueva, pero en los americanos de nuestros dias ha sido universalmente admitida y ha venido á ser popular: se la encuentra en el fondo de todas las acciones y penetra al traves de todos los discursos. Por todas partes se halla, y lo mismo se encuentra en la boca del pobre que en la del rico.

La doctrina del interes bien entendido no es tan refinada en Europa como en América; al mismo



tiempo se halla ménos estendida, y sobre todo, se deja ver ménos; mas se fingen grandes sacrificios que no se hacen. Los americanos, al contrario, se complacen en explicar con la ayuda del interes bien entendido casi todos los actos de la vida, y hacen ver cómo el amor ilustrado por ellos mismos los conduce incesantemente á ayudarse entre sí, y los dispone á sacrificar al bien del Estado una parte de su tiempo y de sus riquezas. Pienso que en esto muchas veces no se hacen justicia, pues se ve de cuando en cuando en los Estados-Unidos, así como en otras partes, que los ciudadanos se abandonan á los ímpetus desinteresados é irreflexivos que son naturales al hombre; pero los americanos nunca confiesan que ceden á impulsos de esta especie, y prefieren hacer honor á su filosofía mas bien que á ellos mismos.

Podria detenerme aquí y no tratar de juzgar lo que acabo de describir, sirviéndome de excusa la extrema dificultad del asunto; pero no quiero aprovecharme de ella y prefiero que mis lectores, al ver claramente mi objeto, rehusen seguirme, mas bien que dejarlos en suspenso.

El interes bien entendido es una doctrina poco elevada, pero clara y segura; ella no pretende alcanzar grandes objetos, pero obtiene sin mucho esfuerzo todos los que divisa; y como se encuen-



tra al alcance de todas las inteligencias, cada individuo la comprende fácilmente y la retiene sin trabajo. Acomodándose maravillosamente á las debilidades de los hombres, consigue un grande imperio, y no le es difícil conservarlo, porque vuelve el interes personal contra sí mismo, y se sirve para dirigir las pasiones del aguijon que las escita.

La doctrina del interes bien entendido no produce afectos estremados, pero sugiere cada dia pequeños sacrificios: por sí sola no podria hacer un hombre virtuoso, mas sí formar una multitud de ciudadanos sobrios, arreglados, templados, precavidos y dueños de sí mismos; y si no conduce directamente á la virtud por la voluntad, á lo ménos acerca insensiblemente á ella por los hábitos.

Si la doctrina del interes bien entendido viniese á dominar enteramente el mundo moral, las virtudes extraordinarias serian sin duda mas raras; pero tambien creo que las groseras depravaciones serian ménos comunes. La doctrina del interes bien entendido impide quizá á algunos hombres elevarse demasiado sobre el nivel ordinario de la humanidad; pero otros muchos que descendian de este mismo nivel la encuentran y se contienen allí. Considerando algunos individuos, ella los rebaja; pero contemplada la especie, la eleva.



No temo decir que la doctrina del interes bien entendido me parece la mejor de todas las teorías filosóficas, la mas apropiada á las necesidades de los hombres de nuestro siglo, y la mas poderosa garantía que les queda contra ellos mismos. El espíritu de los moralistas de nuestros dias debe principalmente dirigirse hácia ella, y aunque la juzguen imperfecta, seria preciso adoptarla como necesaria.

En todo caso, no creo que haya mas egoismo entre nosotros que en América; la única diferencia consiste en que allí es ilustrado y aquí no lo está. Cada americano sabe sacrificar una parte de sus intereses particulares para salvar el resto; nosotros al contrario, queremos retenerlo todo, y frecuentemente todo se nos escapa.

No veo entre los que me rodean, sino gentes que parece quieren enseñar á sus contemporáneos con sus palabras y con su ejemplo, que lo útil no es jamas indecoroso. ¿Será posible que yo no descubra nadie que pretenda hacer ver de qué modo lo honesto puede ser útil?

No hai poder en la tierra que pueda lograr que la creciente igualdad de las condiciones no conduzca el espíritu humano hácia la investigacion de lo útil, y no disponga á cada ciudadano á encerrarse dentro de sí mismo.



Es menester, pues, esperar que el interes individual se haga mas que nunca el principal, si no el único móvil de las acciones de los hombres; pero nos resta saber de qué manera entenderá cada hombre su interes individual.

Si los ciudadanos al hacerse igúales permaneciesen toscos é ignorantes, es imposible prever hasta qué exceso de estupidez podria llegar su egoismo, y no es fácil decir anticipadamente en qué vergonzosas miserias se sumergirian ellos mismos, por el temor de sacrificar alguna parte de su comodidad al bienestar de sus semejantes.

No creo que la doctrina del interes, tal como la predicán en América, sea evidente en todas sus partes; pero al ménos encierra un gran número de verdades tan positivas, que basta iluminar un poco á los hombres para que las vean. Ilustradlos, pues, á todo precio, porque el siglo de los ciegos sacrificios y de las virtudes por instinto huye léjos de nosotros; y veo acercarse el tiempo en que la libertad, la paz pública y el órden social mismo no podrán existir sin las luces.

